

CAPITULO IX.

DE LA PRIMERA PLATICA QUE TUVIERON LOS SEÑORES DE LA LIGA CON LOS DESCENDIENTES DE MOCTEZUMA "EN EL PUEBLO DE LA SOLEDAD."

I.

La actitud del gobierno mexicano se marcó de una manera digna y enérgica desde sus primeros pasos.

Los aliados notificaron que marcharían á la zona templada, sin que se entendiera este movimiento hecho en son de guerra.

Juárez respondió que no *permitiría* el paso á las fuerzas aliadas; que si veían en pos de sus reclamaciones, pasasen á Orizaba los delegados con una escolta y entraría en pláticas después que los ejércitos de la liga se reembarcasen.

Los plenipotenciarios contestaron que su resolución era irrevocable, pero que deseando evitar un rompimiento, invitaban al general Doblado, Ministro de Relaciones, á una conferencia.

Esta idea fué aceptada, y el 19 de Febrero del año de 1862, se reunieron en el pueblo histórico de la Soledad el general Doblado y Don Juan Prim, Conde de Reus, marqués de los Castillejos.

La conferencia se celebró en un edificio de mampostería que está á un costado de la iglesia y que buscan los viajeros como un lugar de terribles memorias.

Los dos hombres de Estado se hallaban frente á frente; y de aquella conferencia estaba pendiente el mundo entero.

Iban á chocar dos nubes que producirían el rayo.

—Caballero, dijo el conde de Reus, la liga trae un pensamiento civilizador, la enseña de la paz en medio de la catástrofe de la guerra intestina que devora este hermoso país; cualesquiera administración bajo la forma elegida por el pueblo, tendrá un apoyo en nuestras armas, las armas de la Europa.

—Señor general, los informes que los soberanos de Europa han recibido acerca de la República, están minados por la base donde debe descansar ese pensamiento verdaderamente generoso; falta por completo la exactitud; la sinópsis política y administrativa podrá dar una idea clara á V. E. de mi aserto.

—Ya os escucho, señor ministro.

—Los Estados que forman la confederación, sin exceptuar un solo pueblo, se hallan sometidos á la legitimidad del gobierno y viven bajo el amparo de la Constitución.

—Permítame S. E. el señor ministro le manifieste la idea que sobre esa sumisión tienen los representantes de la liga. El numeroso ejército con que cuenta el Presidente Juárez tiene *oprimida* á la gran mayoría de la nación.

—Precisamente ha sido ese el objeto de la revolución reformista, acabar con un ejército corrompido, foco demoralizador de donde han partido todas estas disenciones domésticas, y substituirlo con la guardia nacional y un pie veterano sumamente escaso; note el señor Conde de Reus, que descubro en estos momentos, y ante su reconocida caballerosidad, el secreto de nuestra situación en la guerra que se prepara.

El generoso marqués tendió su mano al general Doblado.

—Estas pequeñas fuerzas, continuó el ministro, son suficientes para mantener el orden en las poblaciones, los Estados todos están en plena paz, sus legislaturas instaladas y sus gobernadores dispensando las leyes en un reposo completo; jamás la República se encontró más en calma, apelo el dicho de Mr. Wyke y del señor Saligny que se distingue por su odio á México; así es que el apoyo físico y moral que la Europa trata de dispensar á la República, no surtiría efecto alguno. Esta exposición franca, como verse sobre una cuestión pública, no necesita más demostración. Siendo el principal objeto de la Europa sus reclamaciones, necesitamos establecer un precedente en esta conferencia; reconozca la liga la legitimidad del gobierno de Juárez y entraremos de pleno en la apreciación de sus quejas para dejarlas por completo satisfechas, como desea ardentemente la República, que quiere evitar á todo trance una guerra con naciones á quienes siempre ha considerado como sus mejores amigas.

—El señor ministro tendrá la bondad de proponerme la redacción del primer artículo de los preliminares.

El general Doblado tomó la pluma y escribió:

“Supongo que el gobierno constitucional, que actualmente rige en la República Mexicana, ha manifestado á los comisionarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de *fuerza* y de *opinión* para conservarse contra cualesquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados, para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones”

Esta redacción tan diplomática en que no se hería susceptibilidad alguna, fué aceptada por el general Prim.

—Como hemos anunciado á nuestra llegada al suelo mexicano en nuestra proclama, y posteriormente en la nota colectiva, que veníamos á presenciar la regeneración del país y apoyarla con nuestra influencia, física y moralmente, y aparece ahora por el primer artículo de los preliminares que reconocemos como expresión de la voluntad del pueblo al gobierno existente, deseo que á todo trance conste que nunca tuvimos ideas de conquista, ni ese fué el pensamiento de la convención de Londres.

—El señor general Prim está en su derecho y constará cuanto á ese respeto desee el señor Conde de Reus.

—Como el expediente de las reclamaciones que cada una de las naciones de la liga tiene que presentar al gobierno de México sea motivo de un axámen detenido, abriremos las conferencias dentro de dos meses, á partir desde esta fecha.

—El señor Conde determine como le perezca dijo el ministro mostrando una gran deferencia.

¿Que importaban las concesiones en el arreglo de los negocios, después de arrancar á la Europa aquella prenda inestimable que volvía girones el pacto tripartito?

V. E. redacte el artículo como lo estime más conveniente.

El Conde de Reus tomó á su vez la pluma y escribió.

“Artículo segundo. Al efecto y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía é integridad del territorio de la república, se abrirán las negociaciones en Orizaba, á cuya ciudad concurrirán los señores comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la república, salvo el caso en que de común acuerdo se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.”

—Perfectamente, dijo Doblado; nada tengo que objetar al pensamiento ni á la redacción; pasemos al artículo tercero.

“Durante las negociaciones las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán con sus radios naturales.”

—Señor ministro, dijo Prim, en el terreno de la caballerosidad, jamás dejo la arena á mi enemigo: permítame V. E. que escriba el artículo que atañe á mi lealtad y á mi hidalguía.

—Como más cuadre á V. E. contestó Doblado.

Prim escribió violentamente:

“Artículo cuarto. Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnecen el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados *desocuparán* las posiciones antes dichas, y volverán á colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos princi-

pales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas, en el de Jalapa.”

“Artículo quinto. Si llegare el caso desgraciado de romperse las negociaciones, y retirarse las tropas aliadas á la línea indicada en el artículo presente, los hospitales que tuvieren los aliados, quedarán bajo la salvaguardia de la Nación mexicana.”

—Perfectamente, señor general, sólo resta un último artículo como deducción de estos convenios.

—No alcanzo lo que quiere decir el señor ministro.

—Voy á explicarme: como estos preliminares varían del todo la situación, y el reconocimiento del Gobierno Constitucional reputa á los aliados como plenipotenciarios de naciones amigas, debe tenerse la permanencia de las fuerzas de la liga en el territorio como meramente accidental. Propongo esta última condición:

“Artículo sexto. El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo segundo, se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa.”

—Caballero, dijo con entusiasmo el Conde de Reus, sois un buen hijo de México; los hombres de nuestra raza estiman como ninguno la honra de su patria, que está por cima hasta de la existencia, porque ella es la religión de las almas generosas.

—Aquellos dos hombres se separaron para no reunirse jamás en el tránsito de la vida.

El destino les tenía reservada una existencia dolorosa y terrible.

El Conde de Reus, proscrito, calumniado, quemado en estatua por sus implacables enemigos y viendo desde lejos á esa España tan querida, cuyo suelo ha regado con sangre.... Podrán desconocer sus títulos, borrarlo del libro del ejército español, negarle una tumba en la tierra que lo vio nacer; pero no alcanzarán á opacar las glórias de su claro nombre conquistado en los campos de batalla.....

Don Manuel Doblado, firme campeón de la independencia mexicana, se amparó más tarde en el suelo extranjero, donde descansan sus restos mortales en una olvidada tumba del cementerio católico de la Piedad en los Estados Unidos.

II.

Los preliminares de la Soledad fueron ratificados por el presidente Juárez y por los enviados diplomáticos, representantes de la Europa,

El pabellón nacional volvió á tenderse sobre el Caballero Alto de Ulúa y Palacio Nacional de Veracruz, saludado por la marina extranjera y el ejército desembarcado en son de guerra en el territorio de la patria.

El tratado de Londres ha bía abortado.

Saligny y Wyke, que no tenían más punto objetivo que los grandes intereses pecuniarios confiados á su guarda, creyeron que la República se había estremecido de pánico al ruido de las armas, y que teniendo sobre su cabeza la espada de Damocles, se prestaría á entregar sus tesoros sobre las llamas de ese tormento que se llama guerra en la fraseología del siglo XIX.

Olvidaron los proyectos de la Europa, proscribieron la monarquía, quemaron todos aquellos protocolos de acusaciones contra México, retiraron sus ofensas, corrigieron el lenguaje innoble usado hasta entonces con la República, y prosternados ante la solemne majestad de un pueblo, confesaron su derecho y trazaron el estigma de la vergüenza y del oprobio sobre la frente de la vieja Europa en sus sueños insensatos de conquista!....

Un grano de arena atravesadó en la ampolleta del reloj, detenía la medida del tiempo.

La Europa estaba vencida, y ese pacto nefando quedaba en la historia como un último rasgo de la barbarie de otros siglos.

Partió el vapor llevando al Viejo Continente la noticia de su derrota en el campo de la diplomacia.

Las máquinas galvanizadas del telégrafo se preparaban á dar el gigante aviso de la rendición de México, y comunicaron con espanto la terrible nueva que envolvía esa cifra que se llama los preliminares de la Soledad.

Un rayo venido por aquellos alambres hubiera causado menos efecto: los tres soberanos desaprobaban unánimemente la conducta de sus enviados.

Mientras atravesaba las soledades del océano aquella soberana reprobación, el volcán de la liga que momento á momento presentaba los síntomas determinados de una catástrofe, hizo al fin su erupción al pié del gigante Orizabal!....



CAPITULO X.

DE LO QUE SUELE HACER DIOS EN SU LABORATORIO QUÍMICO

I.

La tarde del 6 de Marzo de ese año memorable de 1862, la hermosa ciudad de San Andrés Chalchicomula recibía con grandes muestras de regocijo á la brigada de Oaxaca, que había cosechado tantos laureles durante la guerra civil, de fendiendo la causa de la libertad y de la reforma.

Las campanas repicaban alegremente, las músicas militares tocaban sonos marciales, y las detonaciones de los cohetes poblaban el espacio, formando aquella confusión un todo de simpatía y entusiasmo.

Durante el corto intervalo de la llegada de las escuadras extranjeras, á la fecha del 6 de Marzo, podía contarse una nueva era en el ejército republicano.

El general Uruga, en jefe del ejército, había desplegado en los primeros días una grande actividad en los preparativos de la guerra, que auguraban una defensa sangrienta y vigorosa.

Luego que se celebraron los preliminares, toda la fé de aquel hombre desapareció como una luz que se apaga.

El general comenzó á tener intimidad con los aliados y á confesarse vencido antes de entrar en la lucha.

Decía públicamente, que su honor le mandaba morir al pié de sus banderas, pero que juzgaba inútil toda defensa, porque las armas de la liga eran omnipotentes.

Estas palabras introducían la desmoralización en el ejército; porque un general en jefe es un gran centro de luz; si los rayos los emite con claridad, todo es irradiación de entusiasmo; pero si los desprende opacos, las sombras se hacen más terribles y pavorosas.

Aquella conducta no era un misterio.

En una junta de guerra en que se emitieron tales ideas, el general Zaragoza contestó con aquella sencillez republicana, que acompañaba siempre los conceptos del bravo militar.

—Señores, dijo, yo no soy soldado, ni sé opinar en junta de guerra; sigo las inspiraciones de mi conciencia, ella me manda sacrificarme por mi patria y yo pelearé hasta el último momento.

Zaragoza fué nombrado general en jefe del Ejército de Oriente.

Hay almas que tienen el privilegio de alentar el espíritu abatido, de encender la viva llama del heroísmo hasta en los pechos más vulgares, de alentar el ánimo contristado hasta llevar al hombre sereno delante de la muerte.

Esos hombres tienen la duración del relámpago; pero alumbran un siglo y una civilización.

El nombre de Zaragoza llevó la alegría á los campamentos y aquel hombre fué el ídolo, la admiración fanática de sus soldados y más tarde de su pueblo entero.

II.

La brigada de Oaxaca atravesaba marcialmente las calles de San Andrés Chalchicomula en una ostentación de orgullo: porque aquellos soldados eran la vanguardia del Ejército, los que recibirían el alto honor de batirse los primeros, una vez rotas las hostilidades.

—Hasta hermosos me parecen esos oaxacos, decía Felipe Cuevas: ¡que bien llevan sus armas! son los vencedores de Paehuca.

—La oficialidad es de primera, contestó González, con esta brigada me arriesgaría á esperar á los franceses, y eso que siempre les tuve algo de temor: en México porque me llevaban la cuenta de los pasteles, y aquí por sus piezas rayadas; no obstante, creo que podría llegar á héroe cuando se me antojara.

—En los Estados Unidos han brotado las capacidades guerreras en los momentos de estallar la guerra Civil; dígalo Mac Clellan y otros cuyo nombre no recuerdo.

—Sobre todo repuso Santiago, si armas á los mil monos que viste en la casa de fieras.

—Siempre estas de broma, te has vuelto un fastidioso de cuenta.

—¡Demonios! gritó Santiago, los músicos tocan los *cangrejos*; esa sonata sí que me entusiasma, soy capaz de.....

—¿De qué?

—De cantarlos.

—La hazaña es de lo mejor.

—No se trata de pelear en estos momentos.

—Creo que sería lo mismo, dijo con sorna Felipe.

Entonces Santiago González picado por la broma, tendió su mano al estudiante y le dijo con tono serio:

—Juro que estaré en el primer encuentro con el enemigo, y de no perder la vida, continuaré en las primeras filas.

—Felipe le estrechó la mano y le dijo á su vez:

—Te tomo la palabra, peharemos hasta morir!

—¡Lo juro delante de esa bandera!

En ese momento atravesaba uno de los cuerpos llevando su estandarte acribillado por la metralla.

Los amigos se descubrieron respetuosamente y volvieron sus ojos hacia la enseña sagrada, símbolo misterioso en que se encierra el pensamiento de la libertad de un pueblo.

III.

En uno de los ángulos de la plaza estaban tres hombres de fisonomía vulgar, con todo el aire de comerciantes, y que presenciaban como todo el vecindario el desfile de las tropas.

—No hay duda estas gentes se preparan y nuestros negocios se empeoran día á día.

—No bastaba esa infame transacción de los Preliminares....

—No han conocido estos majaderos que el Ministro Doblado lo que ha querido es aplasar la cuestión para ponerse en guardia, cuando hubiera sido tan fácil batir en detall estas fuerzas.

—Lo peor es que nada conseguirán, porque el Gobierno de Juárez no hará concesión alguna.

—Es preciso confesar que son hábiles estos mexicanos para el enredo.

—El ejército está montado perfectamente, y muy lejos de ser chusma desordenada y sin disciplina.

—Todos los informes han sido enteramente falsos.

—¡Ira de Dios!

—Tras el primer fracaso vendrá la derrota.

—Es segura, amigos míos; ya veis que estos diablos de ingleses no traen más tropa que la de marina.

—Siempre han sido de mala fé.

—La convención está rota y todo se lo lleva el demonio.

—Nos undimos en la catástrofe europea.

—Entremos que tengo algo que comunicaros.

Los tres personajes llegaron al reducido aposento de una de las casas que les servían de alojamiento.

—Señores, dijo el Conde del Jaral, el almirante Jurien de la Graviere me ha enviado para observar la posición que guarda el enemigo: por que está dispuesto á romper los preliminares y aceptar de lleno la situación.

Wask y Manzanedo le vieron con asombro.

—Lo dicho, caballeros, Saligny y de la Graviere han reflexionado lo mal que han hecho al aceptar los preliminares y, piensan no llevarlos á cabo.

- Y sus firmas?
- Eso es bien poco.
- ¿Y su palabra?
- ¡Que importa!
- Y su carácter de plenipotenciarios?

En política no hay palabra; ni compromisos, ni dignidad, ni juramentos.

-Eso es otra cosa, confieso que no estoy tan adelantado en la ciencia.

-Los hombres son *obstáculos ó medios*, la sangre no mancha.

-Estáis terrible, señor conde.

-Es mi estado normal.

-La teoría es bellísima.

-La práctica no lo es menos.

-Querría probaros dijo Wask.

-Me sería fácil.

-No lo creo.

-No sois capaz de llevar como yo, una empresa hasta su realización.

-Puede ser que sí, señor conde.

-¡ongámonos á prueba.

Manzanedo seguía con toda atención los movimientos de aquellos dos seres lanzados al camino tortuoso de la política, en la demencia de los intereses personales.

El secretario del conde de Morella no tenía un corazón tan corrompido como sus compañeros; las escenas de sangre de la guerra *Carlista*, no habían agotado la fuerza de sus sentimientos; pero estaba próximo á lanzarse por esa vía desesperada.

Todo su porvenir se concentraba en un solo punto, llegaba á la cúspide de su fortuna y temía caer de tan grande altura.

Pobre alma acongojada con sus pesadillas de ambición y de riqueza.

Manzanedo estaba ya complicado en los grandes crímenes de sus colegas, con ellos dividiría hasta el cadalso.

Wask y Don Fernando, habían entrado en todas sus combinaciones, llevaban el peso de la gigante empresa y no habría crimen que no arrostrasen por llegar al término de su camino, mientras la mano justiciera de Dios no le marcara el *hasta aquí* á una existencia encadenada al espíritu mortífero y pestilente del crimen.

Wask y Don Fernando continuaban en sus manifestaciones sacrílegas.

--Yo vería morir tranquilo á todos esos hombres que atraviesan con tanta arrogancia las calles de la población; si la vida de todos ellos se reuniera en un solo hilo, lo cortarían con la sonrisa en los labios.

-Disparate!

-Hay cosas que no son posibles, pero.....

-¿Y si yo os propusiera un medio?

-Lo aceptaría sin oponer obstáculo alguno.

-Pensadlo bien, señor conde del Jaral.

-Por pensado, caballero.

-Si vos ejecutais mi pensamiento, yo os ofrezco que caerá la cabeza que me señaleis.

-Como acepto desde luego cuanto me propongáis, por terrible que sea, de antemano ós señalo la frente que debéis herir.

-Hablad, Don Fernando.

-Pensadlo vos.

-No me conocéis aún.

-Pues bien, el único hombre que me inspira terror, el único que juzgo capaz de luchar con éxito y darnos un golpe de muerte, es.....

-No temáis, señor Conde, pronunciad el nombre que equivale á una sentencia desesperada.

-Pues bien, oidlo: el general Zaragoza.

Wask se estremeció, su semblante se puso lívido como el de un sentenciado, sus ojos rodaron por sus órbitas inmensamente abiertas y su aliento se paralizó.

-El Conde del Jaral lanzó una carcajada horrible.

Aquella risa del infierno hizo volver en sí al arrojado aventurero.

--Está dicho, exclamó con su despecho concentrado, el general Zaragoza morirá á mi mano, vos señalaréis la hora, espero vuestras órdenes.

Manzanedo dió una mirada oblicua á aquel ser deforme y abominable.

-Ahora me toca mi turno, dijo Wask.

-Ya os escucho.

-Oid con atención: toda esa fuerza que os ha causado espanto, porque compromete altamente nuestros intereses con su avance sobre nuestras posiciones, se alojará en un solo edificio.

-¿Y bien?

-Los carros del parque quedarán en el mismo edificio.

El Conde á su vez se estremeció.

-Palidecéis? señor Conde.

-Sí de orgullo, vuestra cabeza está más bien organizada que la mía, comprendo vuestra idea, no necesitáis añadir una palabra.

Manzanedo estaba trémulo, confuso: aquella conversación le parecía inspirada por Satanás.

-Lo dicho, señores, exclamó Wask.

-Lo dicho, contestó sombríamente el Cond^o del Jaral.

IV.

Hacia el lado izquierdo de la carretera que va de México á Veracruz, en un desvío de cinco leguas y media, partiendo del pueblo de Quechola y caminando al norte de las cumbres de Acultzingo, se encuentra la ciudad de San Andrés Chalchicomula.

Esta población es una de las más interesantes del Estado de Puebla por el número de sus habitantes, que asciende á ochenta mil, y por los ricos productos de las haciendas que la circundan.

Allá, en tiempo de nuestros mayores, cuando la mano del gobierno servía de apoyo á las leyes canónicas y preceptos eclesiásticos, y todo buen cristiano pagaba los *diezmos y primicias*, los *colectores* se enriquecían con las pingües rentas de San Andrés Chalchicomula.

El clero necesitaba un edificio para depositar los granos, y edificó un depósito magnífico en una de las calles de la ciudad.

Inmensas galerías ó *trojes eclesiásticas* se dispusieron para atesorar la contribución católica, y aquella oficina valía más que la que siempre se ha llamado Tesorería de la Nación.

El edificio, en el cual la arquitectura no había tomado parte en sus cuestiones de lujo, era sombrío, como todos los de su especie, estaba reducido á ser una arca de piedra, y el arquitecto había comprendido la idea á las mil maravillas.

Tres siglos, las hormigas cristianas guardaban el grano de las cosechas, hasta que al pueblo se le antojó desprenderse de la coacción civil y derogar el célebre *mandamiento* de la Iglesia que se registra en las tablas canónicas.

Los almacenes menguaron como era natural; porque los católicos hacendados, lo eran en tanto que se los mandaba el señor juez de letras en son de autoridad.

Creyeron los propietarios que salía muy cara la religión y que era mejor y más barato ser católico á *secas*, es decir gratis.

Los colectores menguaron en fortuna, y abandonando su tono de jueces eclesiásticos, se tornaron en mendicantes humildísimos para atrapar cabe la primera oveja y el primer tercio de trigo á la puerta de las fincas rústicas.

Vino la segunda oleada de la reforma con una furia desconocida, y se llevó no sólo al susodicho mandamiento, sino á los frailes y colectores, apoderándose hasta del edificio que volvió al poder de la nación, donde si no había estado, por lo menos debía estar.

Aquel asilo del grano se convirtió en cuartel.

Hay quienes digan que los colectores son peores que los soldados, pero esa es una opinión como otra cualquiera.

El hecho es que menos perdió la Iglesia que los mayordomos y administradores.

Volvamos al asunto de nuestro capítulo.

La bizarra tropa de Oaxaca se alojó en la *Colecturía* de San Andrés Chalchicomula, donde había almacenado una gran cantidad de parque, que por orden de la autoridad y para evitar un accidente, se mandó extraer de los almacenes y poner en carros que estaban á la puerta del edificio.

Tres batallones se alojaron en la *Colecturía*.

El soldado mexicano marcha á campaña con su familia, y así vemos ir en pos de los regimientos un número considerable de mujeres y de niños, formando una caravana, alegre las más veces y otras en una marcha trabajosa que lastima el corazón.

La *Colecturía* se llenó instantáneamente de fogatas para preparar el *ranchito*, y las mujeres encendieron luminarias para guisar.

El aspecto del patio y los corredores era sumamente agradable; grupos de soldados dando broma á las cantineras, niños corriendo por los corredores, los carreros destalajando, los habilitados repartiendo el prest, y los rancheros el pan y las semillas.

La oficialidad se apoderó por derecho de conquista, de las mejores piezas.

En cada ángulo, en cada pilar se improvisaba una tienda de familia, y hasta debajo de los carros se oían las pláticas y careajadas de los soldados.

Daban las siete de la noche, y según las reglas de los militares en campaña, se tocó la *retreta* y se pasó lista en las compañías.

Los soldados respondían con voz sonora cuando escuchaban sus nombres; después se escuchó un *viva* á la independencia, y toda aquella turba guerrera se entró en sus cuadras á reposar del cansancio, pues habían salido ya muy avanzado el día de la Cañada de Ixtapa.

Aquel zumbido como el de las abejas, se fué apagando; las hogueras se extinguieron, y el aire de la noche arrebató las cenizas y últimas chispas de las fogatas.

Poco después todo aquel pueblo dormía tranquilamente y sólo se escuchaba por intervalos el grito de "¡centinela, alerta!"



V.

Entre las personas que el comandante militar había comisionado para la extracción del parque, había un individuo conocido de nuestros lectores; ese hombre había procurado desbaratar algunas *paradas* é insensiblemente se formó un reguero de pólvora, que comunicaba como un hilo de muerte al almacén y los carros que estaban en la calle.

La operación era arriesgadísima, una de las chispas de las luminarias podría producir el incendio y Don Fernando quedar sepultado entre los escombros del edificio.

No obstante el valor á toda prueba del Conde y su idea de desmorilizar al ejército con una catástrofe, le prestaban el aliento de Satanás.

Revisó atentamente si no había solución de continuidad en el reguero, deshizo algunos cartuchos más á la entrada del almacén y se dirigió á la calle donde estaban los carros.

Acercóse al más inmediato, y poniendo entre dos cajones un mechero de cera, lo encendió, procurando ocultar la luz con el toldo.

Aquella mecha fatal debía producir á los pocos minutos el incendio, que se comunicaría rápidamente con el almacén.

El Conde del Jaral se alejó precipitadamente; llegó jadeando á su alojamiento, y dijo á Wask y Manzanedo.

—¡Huyamos, tenemos muy cerca á la muerte!

Sin dar más explicaciones montó á caballo y seguido de sus compañeros se alejó por el camino de la Cañada á esperar el resultado de su audacia y de su valor.

Las ocho y doce minutos, dijo el conde, viendo su reloj á la luz de su habano.

VI.

El proyecto infame de Don Fernando se realizó tal como lo había concebido.

La mecha de cera incendió la madera del cajón y la pólvora estalló con horrible furia.

Comunicóse el fuego á la pólvora del reguero y una llama instantánea atravesó el patio y se introdujo en el almacén.

Aquel inmenso depósito hizo una explosión como la de un volcán.

La tierra se estremeció en el espacio de cinco leguas.

La detonación fué horrible.

El edificio saltó en pedazos, y los techos, y las piedras,

y los restos humanos se esparcieron por el espacio, acompañados del grito de agonía inolvidable.

Escuchóse una segunda detonación, aun más terrible que la primera.

La cólera del cielo tronaba sobre aquella ciudad infortunada.

Esta detonación prolongada era producida por los proyectiles, cuyas espoletas se incendiaron y reventaban en el aire y caían en los techos de las casas, haciendo un estrago terrible.

Pocos momentos después: y cuando ya había pasado la impresión del momento, la ciudad en masa ocurrió al sitio de la catástrofe.

El fuego continuaba devorando los escombros del edificio y casas contiguas.

Todo había desaparecido, nada quedaba ya de aquel pueblo alojado en la *Colecturía*.

Oíanse lamentos terribles, gritos desesperados y voces pidiendo misericordia.

Había soldados que, escapando de una muerte momentánea, sufrían las penas del infierno al consumirse en sus miembros los vestidos, con el fuego de la pólvora.

Entonces comenzó á desplegarse una escena de heroísmo: la población de San Andrés se lanzó sobre los escombros á socorrer á los desgraciados, y atravesando por las maderas incendiadas sacaban á los soldados, y á las mujeres, y á los niños, con un valor digno sólo de aquellos momentos en que Dios y la humanidad presenciaban aquel desastre espantoso.

Pasose la noche en ese tráfigo sombrío, y la luz del sol vino á alumbrar tan deforme escena.

Cuerpos mutilados, miembros descompuestos y calcinados, cabezas negras y calcinadas, girones abrasados, cadáveres de niños y de mujeres, teniendo en el rostro la expresión de la agonía desesperada!

Nadie hubiera podido reconocer ni á un padre ni á un amigo.

Aquel montón de cenizas y troncos mutilados, era uno de aquellos recuerdos sombríos en que el hombre encuentra la cifra de su ser y el secreto terrible de su existencia.

VII.

La población se vistió y tomó un aspecto lúgubre, como el de una virgen sobre quien sacudiese sus alas el espíritu de la desgracia.

En las calles no se veían más que fogatas de diez en diez varas; haciendo fumigaciones higiénicas; los cadáveres estaban tendidos en las banquetas.

Los habitantes estaban encerrados en sus casas, unos para llorar las pérdidas que habían sufrido, y otros para no presenciar los espectáculos de horror en la inhumación de los cadáveres practicada en los escombros de la *Colecturía*.

Los carros cargados con los restos mutilados atravesaban por las calles, empozoñando la atmósfera con los miasmas y exhalaciones.

El aire era tan fétido, que los transeuntes llevaban los pañuelos empapados en vinagre para evitar el contagio.

Las casas contiguas á la *Colecturía* estaban en ruinas y sus paredes manchadas de sangre.

Más de quinientas personas de la población habían sucumbido.

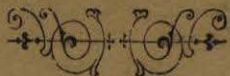
He aquí la espantosa cifra que arroja esa catástrofe; una de las más notables habidas en América durante los sesenta y dos años corridos del siglo XIX.

De mil trescientos veintidós soldados, se salvaron ¡ciento veintiocho!

Pecieron cuatrocientas setenta y cinco mujeres de los soldados, treinta y tantas vendimieras que estaban dentro del edificio: el número de los niños no puede saberse con exactitud.

El general Zaragoza recibió el *parte*, y las manos de ese hombre tan valiente no pudieron sostener aquella carta fatal, en que se le anunciaba la muerte de sus soldados más queridos.

Agitado, lleno de pesadumbre, montó en su caballo y se dirigió á escape, seguido de su estado mayor, al lugar de la catástrofe, como si sus secretas lágrimas pudieran volverles la existencia á aquellos valientes que lo habían acompañado tantas veces, y á quienes había saludado victoriosos en la arena de los combates.



CAPITULO XI.

DE COMO EL DESTINO ES UNA ESPECIE DE SERPIENTE QUE
ATRAE Á LOS HOMBRES COMO UN PAJARILLO.

I.

Doña Blanca de Montemolín continuaba en su ostentación de lujo y de riqueza bajo el nombre de Amalia Brown, y sus tertulias estaban de moda.

El mundo elegante concurría á los continuos saraos y doña Blanca era la reina por la galantería y la belleza.

Aquella sociedad no adivinaba tras la mirada ardiente de la joven una existencia amarga y desconsoladora, no veía tras de la sonrisa encantadora de aquella mujer, que su alma se moría de pesares y de tristeza.

Sólo el fuego siempre encendido de la ambición sostenía á ese espíritu, sobre el cual tendía sus alas el genio de las sombras y de la muerte.

Doña Blanca estaba profundamente enamorada de don Fernando y herida por la burla del conde al escaparse de su casa.

La reacción de aquella terrible cólera era una oleada de pasión inmensa.

Perdonaba á su amante el haberla engañado, encontraba en la situación de quiebra y bancarrota el *por qué* de aquella negra ingratitud, y sin querer sospechaba en el iris desvanecido de su esperanza.

Todo lo que rodeaba aquella situación era tristísimo: ya hemos dicho que ni Cabrera ni don Juan de Borbón consentirían en el enlace de doña Blanca; pero la fatalidad arrastra siempre el corazón hacia el abismo de lo imposible. La desgraciada joven, presa de las contrariedades y dotada de una alma indomable, sufría un tormento terrible. Había acabado por entregarse en brazos de su destino sin procurar defenderse; pero con el ánimo de hacerse terrible en un momento de desesperación y de orgullo. Sólo un lado vulnerable quedaba en aquel corazón tan combatido y era el de la ambición, foco de sus aspiraciones y punto objetivo para la realización de todos sus sueños. Envuelta en el atavío de la corriente humana, no percibía cuan quiméricas eran sus esperanzas, toda vez que se fijasen en la balanza siempre oscilante de la política.